

RESEÑAS

Literatura en el Caribe colombiano o las intrusiones del margen



Manuel Guillermo Ortega Hernández
(Guillermo Tedio)

Universidad del Atlántico

Garcés González, José Luis (2007). *Literatura en el Caribe colombiano: señales de un proceso* (Tomos I y II). Montería, Colombia: Universidad de Córdoba, 998 p.

El texto busca hacer un reconocimiento a los autores que desde la escritura regional han venido mostrando y afirmando una identidad que, sin negarse a los influjos de la cultura universal, define lo que somos, ‘pela el cobre’, sin rubores ni vergüenzas, de nuestros particulares modos de ser, hacer, pensar y sentir. Todos sabemos que la marginación de nuestros departamentos, expresada en altos índices de pobreza, analfabetismo, violaciones a los derechos humanos, desempleo, delincuencia, drogadicción, deserción escolar, desplazamientos forzados y trapisondas de nuestros propios representantes y gobernantes, ha traído a la región un desarrollo lento y desigual que se observa en la confluencia o convivencia de distintos niveles temporales en nuestras comunidades formadas por los ocho tipos ecoculturales definidos por el *Mapa cultural del Caribe colombiano*: costeros, sabaneros, montañeros, anfibios, cachacos costños, guajiros, isleños e indígenas.

En el ámbito Caribe colombiano confluyen varios tiempos históricos que nuestros escritores se han encargado de contar y poetizar, con una minuciosidad de orfebrería momposina. Y aunque hay escritores que pueden parecerse refinados en el uso del lenguaje, una mirada cuidadosa nos mostrará, al avanzar en su narrativa, poesía o ensayística, que la oralidad de las calles y caminos y la tradición oral con su riqueza de sentidos míticos, legendarios y cotidianos, están ahí, transcribiendo los avatares de la vida y el pensamiento.

Privados durante mucho tiempo de la letra escrita los pueblos Caribeños colombianos resolvieron su problema de comunicación con la oralidad. A falta de instrucción y de una educación formal que las pusieran en contacto con la escritura, nuestras aldeas contaron sus historias y poetizaron sus angustias y

sentimientos con la palabra hablada que se abría por los caminos y veredas, plazas y mercados, patios y cocinas, a veces acompañado el juglar de música, como en el caso de los acordeoneros caminantes que derrotaban hasta al mismo Diablo cantándole al revés la melodía del credo. Esa frescura lingüística de la oralidad se deja sentir en las creaciones de nuestros escritores.

Si antes, muchas de las manifestaciones literarias, artísticas y culturales cultivadas por la región podían ser tildadas despreciativamente de ‘costumbrismo’, de ‘regionalismo’ o de ‘folclor’, ello en la actualidad no tiene el mismo modo de percepción, pues una de las ventajas de la globalización, la comunicación múltiple y acelerada del ciberespacio, las ha puesto a circular por los cuatro rumbos de la tierra. El hombre y la mujer Caribeños, abiertos siempre a los vientos de la cultura universal, expresan hoy en día sus materias propias y típicas alojadas en formas, estilos, lenguajes y técnicas universales. Es lo que Ángel Rama, apoyado en el cubano don Fernando Ortiz, llamó transculturación, proceso que puede verse, por ejemplo, en Álvaro Cepeda Samudio, cuando en su novela *La casa grande*, narra unos hechos propios de la historia colombiana –la represión bananera de 1928 y la descomposición moral y socioeconómica de una familia latifundista–, con técnicas de la más avanzada literatura norteamericana y europea, inaugurando nuestra modernidad narrativa.

Del mismo modo, escuchando hace poco un trabajo discográfico con mis amigos Albio Martínez Simanca, Roberto Montes Mathieu y Ariel Castillo, titulado *Juglares de la tradición oral*, nos emocionábamos con esos hermosos cantos repentistas en la voz de los arrieros o reseros del Sinú llevando sus manadas de ganado. Está ahí la melódica voz de los decimeros de la sabana cantándole a la naturaleza, relatando sus faenas de trabajo. Yo, particularmente, siento que en esos cantos de vaquería hay un sentir profundo y único, solo nuestro, que nos habla del amor del hombre rústico por el paisaje, el suelo, el agua, el polvo de los caminos, el viento, la vida. Son voces que nos transmiten la entrañable unión del hombre con la tierra Caribeña y, ¡carajo!, uno siente que un sentimiento innominado le arruga el alma. Eso me llevó a recordar a Guillermo Valencia Salgado, el *compae Goyo*, diciéndome, alguna tarde de farra, bajo el campechano cielo de Montería, que las corralejas no deberían ser solamente un escenario para mostrar el coraje del hombre sinuano y sabanero al retar a la muerte frente a las astas de la bestia sino que allí, en ese ruedo, debían realizarse también concursos de vida, es decir, de *guapirreo* y *décima*, de *copla* y *cuentaría*, de *cantaleta* y *planto* de *velorio*, de *lazo* y *vaquero*, de *tamboreros* y *gaitas*, de *fandangos* y *ferias*, de *porros* y *cumbias*.

Garcés González era el autor indicado para escribir este prontuario de la literatura del Caribe colombiano. Seguramente –y está bien que así sea– otros investigadores, “de ceño fruncido”, más cercanos a la historiografía, propondrán periodizaciones y clasificarán estilos, momentos, escuelas, tendencias y generaciones. Estoy convencido de que otros podían emprenderlo pero quiero señalar que en José Luis se reúnen, por lo menos, cinco requisitos que lo hacían competente para ello: la práctica, el talento y el olfato artístico y estético del narrador de historias en los géneros de novela y relato, prosa premiada en muchos concursos literarios y analizada por críticos de la exigente academia anglosajona; la pedagogía y el método del profesor universitario; la disciplina y el trabajo del gestor y organizador cultural; la mesurada mirada descriptiva, analítica y valorativa del investigador, y las vivencias del hombre sembrado en la tierra Caribeña, convencido de que la cultura regional se abre camino en estos tiempos como un discurso antihegemónico y heterodoxo, necesario para que el Caribe colombiano se afirme y proclame su existencia poliétnica indígena, afrodescendiente, blanca y árabe.

José Luis Garcés González es un hombre con un profundo conocimiento y pasión por la cultura Caribeña, pero también por el paisaje, por la variada telería de nuestra geografía de trópico, hasta el punto de que ha venido dándole al Grupo Cultural *El Túnel* una tonalidad ecológica, convencido de que la cultura y la literatura no se justifican si no logran convencer al hombre y a la mujer de que la armonía con la naturaleza es uno de los mandatos primarios para ser felices en este mundo y en el otro, fin último del ser humano.

Ya antes, Garcés González nos había mostrado sus dotes y competencias de investigador acucioso en trabajos –para señalar sólo tres casos– como *Cultura y sinuanología* y *Literatura en el Sinú: siglos XIX y XX* (dos volúmenes), y este mismo año, ha editado, con excelente prólogo de Cristo Figueroa, *El río de la noche: antología del cuento en Córdoba*, donde incluye diecisiete nombres. José Luis ha tenido el coraje y la convicción de permanecer en su región, pudiendo emigrar a otros patios, dada la proverbial inclinación de nuestros escritores a autoexiliarse o fugarse del país, buscando ámbitos más amables para la escritura y espacios más propicios de promoción de su literatura. Él ha decidido quedarse en su ámbito, en su ‘Granja’, donde se mueve como pez en el agua y oficia cotidianamente, con un hacer de hormiga arriera, como un brujo, sacerdote o sabio, sus ritos literarios que se concretan en libros, oliendo el olor de la boñiga y el vaho nocturno de la comarca con su río lleno de magias y rumores zenúes.

Es amplia la perspectiva desde la cual se realiza la selección de autores y obras incluidos en *Literatura del Caribe colombiano: señales de un proceso*. Por

supuesto, en acuerdo con el espíritu crítico y valorativo que lo anima, no llega a la laxitud o desgreño permisivo a que se entrega el texto *Visión Caribe de la literatura colombiana*, de Abel Ávila, quien incorpora desde vademécumes y herbolarios hasta tratados de gastronomía, desde discursos políticos y panegíricos hasta compendios de etiqueta y urbanidad, olvidándose del sentido crítico que debe guiar una selección de textos y autores tanto a nivel de los géneros escriturales y los aportes de contenido, como a nivel lingüístico, formal y estético.

Haciendo un sondeo sobre los géneros tenidos en cuenta por Garcés González, encontramos la poesía, la novela, el cuento y el teatro, dentro de la literatura propiamente de ficción, pero incorpora también otros géneros como el ensayo histórico, el sociológico y el género periodístico a través de la crónica, el reportaje y la columna breve de temas culturales, como los textos del hispano-colombiano nacido en Bilbao, Jesús Sáez de Ibarra Ruiz de Azúa, quien ha recopilado sus excelentes columnas publicadas en *El Heraldo* de Barranquilla, en los libros *Reloj de sol* y *El color de la vida*. Esta inclusión de géneros propiamente literarios y géneros ensayísticos de corte histórico, como la imprescindible *Historia doble de la Costa*, de Orlando Fals Borda, o filosófico, como *Diálogos con Savater*, de Numas Armando Gil, o periodístico cronicial, como *Los golpes de la esperanza*, de Alberto Salcedo Ramos, va muy de acuerdo con la tendencia hermenéutica actual de entender el texto literario de ficción y el texto histórico como caras de una misma moneda, como discursos de interpretación de la realidad, sin que ninguno sea más verdadero o más mentiroso que el otro, pues la verdad es una construcción retórica que depende de los intereses en juego de los sujetos entre quienes circula. Así, tanto el cuentista o el novelista como el historiador y el periodista expresarán entonces siempre una verdad relativa.

Destacado lugar ocupan en este estudio, crónicas literarias como las de Heriberto Fiorillo, Alfonso Fuenmayor y Germán Vargas Cantillo, y la crítica literaria o historiográfica de Carlos J. María, Ariel Castillo Mier, Eduardo Pachón Padilla, Antonio Curcio Altamar, Otto Ricardo Torres y Carlos Arturo Caparoso. ¿Mujeres escritoras? Sí, las hay. De los 176 escogidos, resultan veinte nominaciones femeninas, casi todas poetas si sacamos los nombres de las narradoras Fanny Buitrago, Marvel Moreno, Mary Daza Orozco, Judith Porto de González (narrativa y teatro) y Soad Louis Lakah, o las que cultivan narrativa y poesía como Lya Sierra y Nora Carbonell.

Están allí representados los ocho departamentos que conforman la región Caribe, baste saber que el departamento de San Andrés, Providencia y Santa

Catalina aparece con los escritores Hazel Robinson Abrahams y Lenito Robinson-Bent. Hay extranjeros que se aclimataron a la región Caribe, como –además del bilbaíno Jesús Sáez de Ibarra–, el curazoleño Abraham Zacarías López-Penha y el catalán Ramón Vinyes, este último, pieza clave en la formación de García Márquez en Barranquilla.

Las literaturas populares encuentran sus expresiones en los trabajos de Guillermo Valencia Salgado y Benjamín Puche Villadiego. Igual están los que nacieron en Colombia, pero no en la región Caribe, como Harold Ballesteros Valencia, Henry Stein y Hernán Vargascarreño, los dos primeros, vallunos, y el tercero, santandereano.

La escritura teatral Caribeña colombiana tiene poca representación, con apenas los nombres de José Fernández Madrid y Judith Porto de González. Los dos principales géneros cultivados son la narrativa, con un 45% de autores escogidos, y la poesía, con un 40%. Hay entonces apenas un 15% para el grupo de los ensayistas, ya sean historiadores, críticos o periodistas, lo que prueba que el ensayo como género, en su ética y estética, es la escritura más exigente.

Más que vocación por el género poético, la región Caribe parece tenerla por la narrativa, por el arte de relatar historias, hecho que se demuestra con solo salir a la calle y encontrarse con corrillos de gente alrededor de cualquier camaján de esquina que cuenta una historia con el mayor desparpajo y un lenguaje rico en entonaciones y sentidos. Tampoco descuida Garcés González las épocas en su investigación, al irse al siglo XIX y escudriñar qué Caribeños colombianos nacieron en ese siglo y representaron una escritura de avanzada. Así, aparecen, además del poeta y dramaturgo José Fernández Madrid ya citado, los nombres de Juan José Nieto –nuestro primer novelista–, Manuel María Madiedo, Luis Capella Toledo, Diógenes Arrieta, Candelario Obeso, Abraham Zacarías López-Penha, Luis Carlos López, Ramón Vinyes, Gregorio Castañeda Aragón, José Félix Fuenmayor, Miguel Rasch Isla, Leopoldo de la Rosa, Fernando de la Vega, Víctor Manuel García Herreros, Antolín Díaz, Carlos H. Pareja –más conocido como Simón Latino y de quien hay un estudio interesante de rescate realizado por el investigador monteriano Albio Martínez Simanca– y finalmente Fernando de Andreis, nacido en 1900.

La cifra de 176 autores escogidos nos da, a nivel cuantitativo, un índice de la inclinación de los Caribeños colombianos por la escritura estética, sea a nivel de narrativa, poesía, teatro, periodismo o ensayística literaria e investigación histórica o social. La propuesta de selección de José Luis no es permisiva ni carece de perspectiva o puntos de vista desde los cuales se nominen los au-

tores y textos. Observa uno que el principal elemento para hacer sus inclusiones y exclusiones es el punto de vista estético, como se puede comprobar cuando sitúa los nombres de Giovanni Quessep, Jorge García Usta, Ricardo Vergara y José Manuel Vergara, o narradores como Manuel Zapata Olivella, un clásico, pero también al cordobés Nelson Castillo, o a los barranquilleros Julio Olaciregui y Jorge Manrique Ardila, en fin, autores cuyas poéticas y narrativas están fuera de toda sospecha. Ahora, hay que dejar sentado que no por incluido, el texto tiene la categoría del mérito, la excelencia o la vanguardia. Varios autores y obras, a pesar de estar ahí, llevan *rejo*, *manduco* y *mapola*, y su escogencia responde al compromiso crítico y valorativo que el autor ha ido teniendo, en su atento oficio de lector, con las obras —excelentes, medianas y mediocres— de la literatura Caribeña. También se aprende, señalando lo negativo.

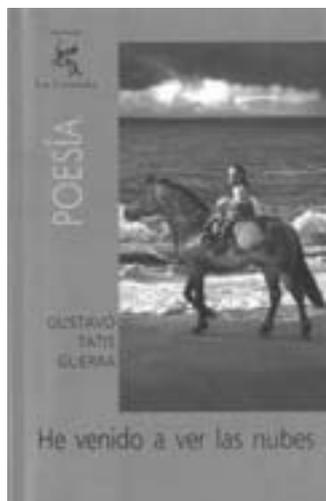
Se cuida muy bien José Luis de usar perspectivas dogmáticas para concretar su selección de autores y textos. El subtítulo del trabajo habla de esa orientación: *Señales de un proceso*. La idea de proceso de nuestra literatura se evidencia en una frase del prólogo: “Pues, además de no ser una carrera de competencia, una literatura no se forma con una obra sino con una tradición, con una divulgación y con el enfoque crítico que de ella se deriva” (I, 16). Y en relación con las *señales* dice que “la intención de este trabajo, que se ha estado haciendo por más de una década, es señalar, no agotar, nombres y obras de la literatura que se ha dado en el Caribe colombiano” (I, 17). Del mismo modo, en otro aparte, afirma: “Sin mayores pretensiones, este texto bucea en el *corpus* de esa literatura. Intenta dejar señales, orientaciones de camino, es decir, obras y nombres, para que, desafiando la mala memoria y la indiferencia estatal y humana que nos agobia por doquier, puedan ser asumidos y profundizados por especialistas de otro tenor y mejor fortuna” (I, 18). No obstante esta prudencia de decir que se trata de un simple rastreo de señales de autores y obras para que otros investigadores asuman la crítica, uno encuentra que, en ese modesto “nadadito de perro” de la prosa garcesiana, el autor, a partir de su saber investigativo, por un lado, y su conocimiento del lenguaje estético, por otro, va haciendo crítica y estableciendo valoraciones de los textos propuestos.

Una cosa es cierta. A partir de este momento, la obra *Literatura en el Caribe colombiano: señales de un proceso*, de José Luis Garcés González, será lectura, cita y referencia obligada de toda historiografía, descripción, análisis, crítica o valoración de la literatura Caribeña colombiana. Sin duda, es la mejor. Hay atrás trabajos interesantes, pero ninguno como este que intente globalizar en forma crítica la producción escrita del Caribe colombiano. Hay

estudios respetables como el pionero de Antonio Curcio Altamar, *Evolución de la novela en Colombia*, o la *Antología del cuento Caribeño*, con su excelente estudio previo, de Jairo Mercado Romero y Roberto Montes Mathieu, o la antología *Veinticinco cuentos barranquilleros*, de Ramón Illán Bacca, o a nivel de las ciencias sociales, la *Historia doble de la Costa*, de Orlando Fals Borda, pero como sus mismos nombres lo indican, son trabajos parciales de género o de territorio, válidos y necesarios.

De cualquier forma, Garcés González deja la puerta abierta para un tercer volumen –o para una corrección de los dos tomos editados– en que se enmienden las injusticias y omisiones involuntarias o se reconsideren los juicios, ingresando otros nombres –que seguramente los hay como ya he podido comprobar–, cuando en el “Prólogo” a su estudio, parodiando con humor el final de *Cien años de soledad*, expresa: “Es cierto. No están todos. Y ofrezco excusas por las ausencias. Esperemos que, más temprano que tarde, para los omitidos y los ausentes haya una segunda oportunidad sobre la tierra”.

He venido a ver las nubes: la poesía como ofrenda



Tatis Guerra, Gustavo (2008). *He venido a ver las nubes*. Bogotá: Común Presencia Editores, Colección Los Conjurados.

Rómulo Bustos Aguirre
Universidad de Cartagena

Existen diversas formas de la herejía. Gustavo Tatis profesa una de las más extrañas: la levedad en tiempos de gravidez y de ruido. Dentro de las lindes de la poesía del Caribe colombiano sigue así ese trazado en que esplenden y asordinan Óscar Delgado, Meira Delmar o Fernando Linero, y que encuentra su más alto registro en

Giovanni Quessep. Es decir, dentro de esa tradición de carácter analógico que constituye uno de los más ricos cauces de la imaginación caribeña. Porque el Caribe como estética hay ante todo que entenderlo como diversidad y oscilación. Sobre esto tal vez no se haya insistido lo suficiente.

He venido a ver las nubes, se titula el último trabajo de Gustavo Tatis. Confieso que me causa cierta perplejidad la tajante convicción que encierra la declaración contenida este título. Pudiera parecer elemental y acaso ingenua. ¿Quién, “impunemente”, puede declarar este manifiesto aéreo de la vida? *Cosas de poeta* dirá el uno... *de poeta romántico*, enfatizará el otro. Pero, ¿poeta romántico a finales del siglo XX e inicios del XXI, es decir, en el paroxismo de la desromantización del romanticismo que implica la modernidad literaria?

¿Ingenuidad o valentía?

En principio, elijo la segunda posibilidad. Se trata de una deliberada insistencia que aflora desde las dos líneas inaugurales de su primera publicación *Conjuros del navegante*:

“Como el país de las nubes / así es mi corazón...”

También allí, en ese primer poema, se encuentran las claves de este último poemario, donde el sujeto imaginante/imaginado se percibe como:

“Un niño que descubre las estrellas / en un aljibe de agua que llora”.

Sin duda en esta frase-título se concentran los rasgos singularizadores de una poética. Su valor ético-estético radica, en gran medida, precisamente en declararlo a finales del siglo XX e inicios del XXI y no en otro momento: palabras para nombrar, para arriesgar la belleza en medio de la fragmentación y de la ruina. El tiempo de la muerte es también el tiempo de la canción. ¿Es posible orfear? Se pregunta trágica, serenamente Eugenio Montejo en algunos de sus bellos poemas; y desde los laberínticos juegos de resonancias del misterioso espacio de muchos pisos de la imaginación poética, Gustavo responde: sí. Porque Gustavo bien podría decir –es lo que está diciendo, es lo que nos está pidiendo que digamos con él– hermano sol, hermana lluvia, hermana mariposa que donas tus colores sin que lo merezcamos, hermano árbol oración incesante del verde y la espesura, en fin, hermana muerte...

¿Ingenuidad o valentía?

En principio, elijo también la primera posibilidad. Ingenua, sí, extraordinariamente ingenua. Es decir, que emerge desde una profunda inocencia. Y cuando uno dice inocencia, en el contexto de la literatura del Caribe, no puede evitar pensar en la inocencia marcada por el fuego de Rojas Herazo. Desde luego, no se trata de esa agónica inocencia declarada obsesivamente por Rojas Herazo; se trata de otro orden de la inocencia, venida, vertida de otros rumbos. Digámoslo de una buena vez: se trata de una inocencia franciscana. En efecto sólo “*el mínimo y dulce Francisco de Asís*” podría declarar humilde, olímpicamente: he venido a ver las nubes; este es mi testimonio sobre la tierra; mi testimonio es el canto, el canto que también conoce el lugar sombrío y que exorciza su malignidad con la dulzura de la luz. Una luz de agua. No luz calcinante, no el mediodía inclemente de la luz... Personajes como Honorio Tatis (hermoso homenaje al padre), el monje Kevin o Marcelino Berthel son seres que dan cuenta de este franciscanismo.

La íntima vocación de esta palabra es la ofrenda. Su designio: la epifanía. Su imagen fundante es el ojo de agua que mana desde lo invisible. Este mundo regido por la analogía es ante todo un mundo que fluye. El ser que mora en estos poemas es “el que escucha la voz de las aguas”, el encantado por el agua. El poema que abre el poemario, en efecto lo hace bajo el signo del agua. El poema fluye como una serie indecisa y heteroclita de respuestas a la pregunta ¿Qué podrá salvarte? Pero la última insinúa la respuesta que busca el poema, la punta de la madeja en el laberinto de palabras que el mismo construye:

“el ojo de agua como un misterio que no cesa”.

El valor del agua se ve particularmente activado por el verso que le antecede y se anuda al último en virtud de su opuesta simbología:

“ el deseo y la sed en el desierto”.

Pero el agua que viaja por estos poemas no es agua de río, como pudiera pensarse dados los orígenes sinuanos del autor. Tampoco es agua de mar, tan propensa al simbolismo del Caos. Es agua pequeña. Es agua de aljibe, de cántaro, de poza. Ante todo es agua llorada, que mana o brota de la tierra o bien se desborda del otro Sinú, del Sinú del cielo, en forma de lluvia. El ojo suele ser un símbolo solar, pero por la alquimia que opera desde el agua el simbolismo se invierte y se transforma: es ojo de agua. El flujo imaginante de esta agua es tan intenso que incluso hace acuático el desierto; en realidad, este es su destino secreto. Todo esto dicho se puede apreciar bellamente en el fragmento final del poema “El desierto”, cuyo hablante es Marco Polo:

(...)

Vi a un niño entre los viajeros
dibujando un aguacero sobre las hojas de un bosque
 vi mis huesos blancos, dispersos
 el cielo, el amor como ojo de agua
manando de lo invisible
 vi mis alas desplegadas
 ¿quién soy? –me pregunto ahora
 oyendo las arenas que cantan
 ¿Quién soy sino un rey encantado
 por tu espejismo?

Por la marca de agua que imprime la noción de espejismo (especialmente por lo menos evidente que es respecto de las otras marcas) las arenas del desierto se revierten: son arenas cantoras. Pero “el que escucha la voz de las aguas”, el encantado por el agua es, en esencia, el niño que juega con ella, y, ya terrestre, ya celeste, en ella arraiga su pureza. Y así, es como si la contemplación del mundo y el mundo imaginado irradiara desde una mirada niña. De este modo cuando el motivo luminoso del Reino, asociado a la infancia, como instancia intemporal, mítica, se llena de resonancias evangélicas y escatológicas es la figura del niño la que permite enlazar las imágenes del hombre y Dios, como ocurre en el poema “Evangélio”, donde la dimensión de la niñez se potencia en esplendor de pureza a partir de la invocación del poderío de lo pequeño en la imagen neotestamentaria del gra-

no de mostaza; aquí el hablante es ambiguamente Cristo o un hombre cualquiera devastado por el amor:

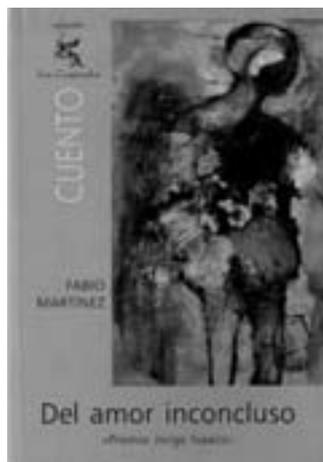
No comprendiste mi amor
 tan doloroso como la ofrenda
 de mis manos
 abandonaste al niño
 que dormía en el fondo de mis ojos
 cubriste mi desnudez
 con la túnica de la muerte

me dejaste solo bajo la
 luz del cielo
 en la tempestad
 olvidaste que mi pureza
 cabe en un grano de mostaza
 que mi alma vuela sobre las aguas

Esta agua es agua-luz, agua-amor, agua mínima y penetrante que todo lo dulcifica, se podría decir: el agua escenificada como Nuestra Señora de la Infinita Compasión. Hasta la Malinche Catalina hechizada “por una lengua extraña / y un Dios que bendecía las espadas”, al ofrecerse como agua a sus sucesivos y sedientos (no precisamente de los restos del oro de su alma) poseedores, de algún modo, se salva en el poema, y, extrañamente, también los salva.

Valga señalar como rasgo significativo en la evolución de la poética de Gustavo Tatis, la aparición por primera vez, de modo sistemático en este trabajo, del recurso de la máscara. Este recurso lírico que provee de estatuto moderno y actuante al impúdico yo romántico, que se rebaja, oculta, fragmenta o refracta en sutiles yoes-espejos, procura algunos de los mejores modos a esa voz una y múltiple a través de la cual hablan, ahora, Marco Polo, enmudecido por el enigma del desierto, después, los ciegos silencios de Ray Charles, más tarde, el invicto fervor de la cacica Zenú, o Emily Dickinson, simplemente, declara su fidelidad al misterio. Pero, sin duda, uno de los aspectos más sugestivos de estas hermosas páginas se halla en la paradójica imagen de la redención de Dios: Adán, el hombre, se libera a sí mismo y a su creador, evocando de modo *sui generis* acaso las úlceras purgatorias de Rojas Herazo o los abismos acuáticos y ascensionales de Ibarra Merlano. ¿Quién es ya la criatura, quién el creador? Las dos figuras se confunden para responder la mencionada pregunta que abre y transita todo el poemario: “¿Qué podrá salvarte?” Ahora es posible asumir el mundo con alegría. Después de todo la muerte también es bella.

Un tratado para mortales



Martínez, Fabio (2006). *Del amor inconcluso*. Bogotá: Común Presencia Editores, Colección Los Conjurados, 140 p.

Emiro Santos García
Universidad de Cartagena

Al leer los relatos que componen *Del amor inconcluso*, del escritor caleño Fabio Martínez¹, no podemos sustraernos a una atmósfera donde lo trivial –lo deliciosa y fatídicamente trivial– ha abrasado los objetos, los espacios y pervertido las almas. Publicada inicialmente bajo el título

de *Breve tratado del amor inconcluso*, esta obra (ganadora en 1999 del Premio Jorge Isaacs), aparece hoy bajo el sello de Común Presencia Editores y acompañada por la vibrante y cálida pincelada de la bogotana Fabiana Peña. Algo más de setenta relatos y un riguroso *Arte poética*, nos es permitido presenciar en muchos de ellos una subversión de lo fantástico y lo maravilloso como territorio exclusivo del minicuento. Conserva Martínez la economía del lenguaje, la intensidad de la imagen y el final inesperado, pero ya no más desde una solución onírica o fantasmal, sino que apela a la ironía como puerta de salida, a lo cotidiano como relámpago de la tragedia, y a la palabra, desnuda y precisa, como ataque contra toda solemnidad literaria.

Del amor inconcluso es así un lacónico tratado, íntimo y honesto, que nunca ha de naufragar en el letargo gracias a la exquisitez de su humor y al tono desenfadado que anima a cada uno de sus personajes. Pero más que un *Ars amatoria* –como pudo haber ocurrido con los “amores fáciles” de Ovidio–, o más que un tratado contra el amor –como aquel terrible *Anterote* de Battistino Fregoso– es una fragmentaria y sardónica “teoría” sobre la imposibilidad del amor. Hay en sus páginas historias de hombres –pues es este un libro de atónitos hombres– que intentan acercarse al mundo femenino, pero tropiezan con la oscuridad y el desencanto. Sombras que no se explican qué es el amor

¹ Fabio Martínez (Cali, 1955), es profesor de la Universidad del Valle y columnista de *El Tiempo*. Entre sus novelas se cuentan *El habitante del séptimo cielo* (1988) y *Pablo Baal y los hombres invisibles* (2003), el libro de cuentos *Fantasio* (1991) y *La búsqueda del paraíso: biografía de Jorge Isaacs*. Ha sido distinguido con el Primer Premio de Ensayo latinoamericano “René Uribe Ferrer”, Medellín, 1999, y el Premio Jorge Isaacs, en el mismo año.

ni qué es, en verdad, una mujer (“Una mujer por cárcel”, p. 17-8). Seres cuyas grandes pasiones han muerto: “Hace quince años nuestras almas estaban unidas por el amor. Hoy, están unidas por la enfermedad.” (“Amor y patología”, p. 20). Hombres que buscan el consuelo del afecto en mujeres que gustan de las novelas negras y piden nubes, olas o soles o, simplemente, bellos y tristes fantasmas.

Estos breves relatos son un camino al natural absurdo que puede guardar un matrimonio alargado o la intensidad de un día que sigue a otro. Aun así, con ellos también podríamos preguntarnos qué ha ocurrido, por qué hemos transitado desde los gozosos artificios verbales de una “tradicción” relativamente nueva –como la minificción–, a un encuentro con los derroteros de lo prosaico, a un cambio tan rotundo de temas. Busca Martínez –y lo intuimos en su sobriedad–, un arte menos cerebral y hedónico, aunque no por ello menos ingenioso. Cuenta, ciertamente, con todas las armas para la felicidad de un arte puro, pero no debemos olvidar que es el autor de *Del amor inconcluso*, y sus muchos *alter ego* y sus muchos narradores, un hombre con una palabra debatida entre la fábula y la vida, entre las letras y un mundo equívoco. Reclama como tantos, como pocos, la deuda de cantar no sólo la salmodia de los dioses, sino el destino del hombre, del hombre y la mujer común y corrientes, cuyo mayor deber acaso sea tratar de armar espejos. No es, por lo mismo, gratuito uno de los últimos cuentos de este libro, titulado “Ymago mundi”: “En el siglo XVI, André Vesale abrió un cuerpo humano y descubrió la medicina clínico-anatómica. En el siglo XIX Sigmund Freud abrió un sueño y descubrió el inconsciente. Hoy, ¿qué tenemos que abrir para encontrar la clave simbólica del siglo XXI?”, (p. 94).

No obstante, el tono aforístico, la instantaneidad poética y el guiño intertextual (también la seguridad de su decálogo y de sus relatos más complacientes) no logran acallar la visión de un ser que se ha reducido, que se ha ensimismado y, como Gregorio Samsa, empieza su aventura al interior de una estrecha habitación. Todo ello, todo este callado aturdimiento, nos conduce a un acertijo y a un laberinto. Aunque tal vez sea Fabio Martínez uno de aquellos que, ante el desastre y la tormenta, todavía juega con la salvación, conjeturable o quimérica, de la palabra. Tal vez *Del amor inconcluso* sea ese juego. Tal vez, un buen e incompleto tratado para mortales.